

Para Willy Baranger*

Marcelo N Viñar**

Seré un panelista obediente. Dispongo de ocho a diez minutos y tenemos que hablar (me dijeron) de algo que conjugue a la persona y al psicoanalista; lo afectivo biográfico y la obra.

Estas instrucciones constituyen una singular perspectiva: ¿Acaso hay otra, en psicoanálisis? ¿La transmisión del “corpus teórico” es acaso independiente de la relación de Freud con Fliess, Tausk, Abraham, Jung, Jones, Ferenczi? La respuesta es ambigua, las ventajas e inconvenientes de una respuesta afirmativa o negativa son evidentes, yo prefiero dejarla en suspenso.

En el **enigma de la transmisión**, y de la transmisión del psicoanálisis de modo muy particular, los límites entre razón y pasión nunca serán claros, y el orden aristotélico o cartesiano no es restituible. Teoría de la transferencia o transferencia de la teoría, si me permiten el juego de palabras. O en otros términos, el psicoanálisis ¿tiene que ver con un llanto y una algarabía que se hacen representables y pensables?, ¿o con un discernimiento que integra lo vivencial afectivo? ¿Cuál es la primacía en esta circularidad? No somos ni una religión ni una ciencia. ¿Qué trasmitimos? ¿Qué y cómo se trasmite?

El enigma del origen y del destino, y una insaciable vocación de búsqueda de una respuesta, que se atisba y se escabulle, para reanudar una y otra vez el enigma y la búsqueda; tal vez sea ese el cogollo de la transmisión en psicoanálisis.

Yo pretendo que esta es una respuesta de filiación barangeriana, tribu a la que me honro en pertenecer. Una respuesta posible entre otras.

* Palabras pronunciadas en el Homenaje a W. Baranger. Agosto de 1992.

** Presidente de APU. Joaquín Nuñez 2946. CP 11300.

Definición polémica, basada en una errancia, no en un logro. Lo que importa es el camino, no la morada, le decía Don Quijote a Sancho. O la misma idea, en este poema en prosa de Maurice Blanchot:

«La Verdad, era ella la que me gustaba. En un mundo poblado de hombres, era el único elemento femenino. Un día me había dejado tocarle su rodilla, ¡bizarra impresión! Entonces le dije: ‘No soy hombre de contentarme con una rodilla’. Y ella me respondió: ‘Sería degoûtant’ (lo que se puede traducir por desagradable o asqueroso)»

M.Blanchot

(La folle du jour)

* * *

Otra dificultad para esta perspectiva es que el psicoanálisis reformula la frontera convencional entre lo íntimo y secreto y la escena pública. Entonces, la perspectiva que se nos pide bordea el chisme, lo ridículo o lo kitch. Asumimos el desafío y el riesgo.

En el año sesenta y cinco, yo tenía veintisiete años, un flamante título de médico, otro flamante título de padre, es decir bastante lío en la cabeza. *Llevaba* cinco años de *análisis*, dos de didáctico. *Mis flamantes* compañeros venían de la psicología y tenían una erudición humanística que me intimidaba. Yo era tan ignorante de la teoría psicoanalítica, como cualquier médico honesto puede serlo.

Las nociones de clínica, de semiología, de nosografía, que habían moldeado mi manera de pensar (mis conocimientos, conductas y actitudes), en la concurrencia asidua y creyente a las salas del hospital general y del manicomio, pertenecían al sacrosanto modelo de la tradición médica, la enfermedad como el mal, la salud como el bien, y yo, un modesto pero promisorio servidor del ejército de ángeles. Núcleo identitario asimilado ardua, paulatina y laboriosamente.

En el diván, la urgencia del loco que llevaba y llevo adentro, me sumían en la pasión transferencial y me alejaban de una reflexión calma (metodológica o epistemológica) de lo que pasaba con el señor, en general bastante mudo y bobo que se ocultaba detrás mío,

y que de tanto en vez, con mucho menos frecuencia de lo que mis ansias requerían, hacía una intervención, que evidenciaba, como mínimo que no era ni mudo ni bobo, sino que había escuchado las insistencias de mi relato o de mi queja y me decía algo pertinente que me permitía arrancarme de mi atascamiento y buscar en otras direcciones.

La noticia de que iniciaba seminarios y me autorizaban a analizar tuvo para mí un doble registro: por una parte, la lisonja que me permitió pavonearme en algún ámbito público, pero en lo íntimo, (en algún momento de sinceramiento introspectivo) mi percepción era la de una valoración errónea, en el límite del acto irresponsable, que me empujaba a decir —como Groucho Marx—: Yo renuncio, porque no admito pertenecer a una institución que admite gente como yo. La oscilación entre la inquietud y la omnipotencia inauguraron los primeros pasos de mi práctica analítica. Entre la turbulencia en el diván y la responsabilidad aplastante en el sillón, quedaba poco espacio para la lucidez reflexiva y la maduración. Momento crítico, que es cualquier cosa menos grato y calmo; aún así, sobreviví.

Sumergido en esta tormenta que el Señor de atrás no quería o no podía aplacar, fue que leí “La situación analítica como campo dinámico”, “Métodos de objetivación en la investigación psicoanalítica” “El insight en la situación psicoanalítica”. “La noción de ‘Material’ y el aspecto temporal prospectivo de la interpretación”.

Quedé impactado por la riqueza conceptual y la claridad expositiva y fueron textos que tomaron en mí historia el valor ritual de rito iniciático, de rito pasaje a la posición de analista. Posición que entonces yo creí transitoriamente precaria (y que luego cuando grande me crecería), hasta llegar a la resignación de que la posición de analista es definitiva y fatalmente frágil y constitutivamente precaria.

Por suerte, el tiempo no da para abordar esa difícil cuestión de cómo se anuda, en la transmisión del psicoanálisis, la simultaneidad de la experiencia transferencial y la asimilación reflexiva del texto teórico. La conjunción y disyunción entre la frescura del afecto y la lucidez del razonamiento, que pautan cada experiencia de aprendizaje o descubrimiento.

Textos que creí olvidar o superar en ese trabajo interminable y frenético, que nos ocupa toda la vida y se llama actualización del conocimiento.

Hoy van treinta y cinco años. Primero nos modeló la impronta del pensamiento Kleiniano, llamado anglosajón, luego el exilio nos sumergió en el psicoanálisis francés, que tiene en el pensamiento de Jacques Lacan, un punto de referencia para los no

lacanianos, los antilacanianos y quizás para algunos lacanianos. Seguramente esta trayectoria no es ajena a los Baranger. Aquel posicionamiento inicial: “la situación analítica como campo bipersonal” nos marcó para siempre y sigue siendo un hito, un pilar de nuestro quehacer cotidiano.

Porque la noción de campo bipersonal y de tercero ausente presente, reformula la noción de temporalidad y causalidad en psicoanálisis y las dialectiza.

Tomo algunas citas textuales, casi al azar:

«Llevar al psicoanálisis los ideales de otras ciencias, haciendo del conocimiento analítico una psicología unipersonal sin participación del observador» versus *“buscar el fundamento de la validación en la situación analítica misma teniendo en cuenta su carácter esencialmente bipersonal”*.»

Para la herencia cultural del positivismo lógico que nos marcó desde la escuela y el liceo, *para* la orden freudiana de hacer del psicoanálisis una ciencia de la naturaleza cuya desiderata sería poder expresar el movimiento de la libido en fórmulas físico químicas, para la clínica médica y psiquiátrica de nuestro aprendizaje universitario, la opción de los Baranger fue una opción hereje y pionera.

La postura objetivante y el saber monológico que despliega la perspectiva empírico experimental (que confirma el mito del analista espejo, cirujano o arqueólogo) no da cabida a la afirmación de Willy Baranger:

“El analista, a su vez se deja ubicar por el paciente, y responde con su fantasía propia a la fantasía inconsciente del paciente. Pero su situación es ambigua. El fondo constante de la situación terapéutica es más presente para él que para el paciente, y su entrenamiento tiende a que la fantasía propia con la cual responde a la fantasía inconsciente del paciente le sea más consciente o más fácilmente conscientizable. Está (o debe estar) alerta para con sus propias reacciones, teniendo en sus sentimientos, sus ocurrencias o fantasías conscientes, su estado corporal (en una palabra todas sus reacciones contratransferenciales,) un diccionario abierto y muchas veces consultado sobre la situación que se produce en el campo. El auto—conocimiento (facilitado por el análisis de la actividad analítica durante el análisis didáctico) de este diccionario contratransferencial es la garantía esencial, y por supuesto relativa de la ‘objetividad’ del analista en la situación, es decir, de la libertad del paciente de estructurarla según

*sus necesidades actuales y fluidas”.*¹

Pretendo traer telegráficamente al debate (de este homenaje), algo que pienso que no es historia antigua sino actualidad candente: la ilusión de objetividad de la investigación empírica sigue ganando fuerza y prestigio.

El Panóptico de Bentham que Michel Foucault individualizó como **núcleo de saber y poder** en la modernidad sigue siendo un modelo ideal de la ciencia oficial. La postura analítica que sostienen los Baranger se sitúa en las antípodas de este enfoque y busca sus fundamentos en el juego intertextual de la locura transferencial.

Los ideales de objetividad, exactitud, predictibilidad, verificación que hacían la científicidad de las ciencias naturales, privan al psicoanálisis de su instrumento esencial, que voy a definir provisoriamente como el repertorio de pensables en la mente y el cuerpo sensible del analista, que habilita la interpretación y modificación del campo bipersonal.

En el conocimiento monológico, el ideal a alcanzar es la coincidencia de la representación con el referente, lo que no es practicable ni deseable cuando el referente es un texto, un texto a descifrar, como ocurre en la situación analítica. El ser expresivo y hablante no coincide nunca consigo mismo, es inagotable en el desplazamiento de sentidos y significaciones.

Justamente definimos con Freud la “enfermedad” que trata el psicoanálisis, como la compulsión o automatismo de repetición que detiene el movimiento incesante de la vida anímica y lo captura en la fijeza de la cosa automática y muerta. Dice Willy Baranger:

*“Freud ya notaba implícitamente esta pérdida del porvenir cuando atribuía a la compulsión a la repetición un papel determinante en la vida psíquica, y particularmente en la neurosis. La repetición es la forma básica de no poder tener porvenir”.*²

El “blanco” de la interpretación es acceder al núcleo creador del texto emergente, a superar su extrañeza sin alcanzarlo ni domesticarlo totalmente.

¹ Métodos de objetivación en la investigación psicoanalítica. Willy Baranger. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo III, N°1, 1959.

² La noción de “material” y el aspecto temporal prospectivo de la interpretación. Willy Baranger. Montevideo. Revista Uruguaya de Psicoanálisis Tomo IV, N° 2, Pág.224.

No se trata entonces que las ciencias humanas estén en posición infantil, de insuficiencia de desarrollo frente al ideal de precisión, exactitud y predictibilidad al que aspiran las llamadas ciencias exactas y naturales; sino que la meta es otra, la de penetración expresiva que se despliega en la materia dialógica de la intertextualidad.

La distancia de esta postura con un psicoanálisis con vocación de saber monológico, como el de la ciencia empírico experimental, es radical. En el saber monológico, el paciente es un objeto de estudio definible, reificado normatizable y el analista está — como un ojo extraterráneo fuera del sistema observado. Observador ajeno, imparcial, aséptico, neutral y neutro, que resume el mito del analista espejo (materia plateada y glacial).

La otra alternativa es la de que el analista se brinde o se alquile como espejo de carne, esto es, como persona total con sus conocimientos y afectos, esto es, con su repertorio de pensables y los límites de sus puntos ciegos y resistencias.

La ecuación del **aquí y ahora** de la transferencia en la sesión, con sus proposiciones sobre la temporalidad que proponen los Baranger no es el pasado indefinido que se atribuye al cuento infantil y al mito (Había una vez); es el tiempo de una actualidad candente que transforma la diacronía de la existencia en la fulgurancia sincrónica que condensa todos los tiempos y todas las escenas del pasado vivenciado y el futuro por venir.

Sincronía sin antecedencia ontogénica que posibilita la interpretación mutativa y/o el insight bipersonal, o en otras palabras, que funda el metal rígido de la repetición, en la materia maleable de la perlaboración. Creo que es a esa actualidad que Freud alude cuando dice en Análisis interminable que nada se modifica en ausencia o en esfinge.

¿Es acaso lo mismo decir que la transferencia es la “repetición actualizada con el analista de los conflictos infantiles”, esquema de una temporalidad lineal, retroanterograda allá en la infancia como hoy aquí, en el síntoma (o en el malestar), y en la transferencia?

La temporalidad lineal de la ontogénesis ordena una teleología: un antes determinante causal de un después, la antecedencia genética por sobre la primacía lógica, un tipo de

determinismo retroanterogrado, el principio de continuidad genética del que habla Susan Isaacs, es fundamental.

La temporalidad ambigua (que a mi me enseñaron los Baranger) dialectiza las tres escenas (la del síntoma, de la transferencia y la de la infancia) de una manera que pone en suspenso la sanción de una primacía causal o de una anterioridad fundante.

Las consecuencias de este giro de perspectiva me parecen enormes y solidarias o subsidiarias de la concepción de un sistema bipersonal, con su espacialidad y temporalidad ordinaria suspendidas.

Restituye a la actualidad candente, lo que está siempre en la temporalidad anhistórica del inconsciente, ubicándolo en el aquí y ahora de la actualidad transferencial.

Apasionado del cine, a menudo vuelvo a ver viejas películas, las notables. Es curioso como algunas guardan su vigencia y otras envejecen y se desmoronan en la puerilidad. Confieso que volví a los viejos textos con el temor de no recuperar el deslumbramiento de aquella primera vez. Quiero dar testimonio que los textos que revisé se añejan como la sustancia noble de del buen vino y resisten a los embates de la moda. Paladearlos nuevamente, me deparó un deleite inusitado. Por ello, mi renovada gratitud. Queda la interrogante —insoluble— de si mi conclusión es un juicio lúcido, o una reliquia transferencial, que sobrevive a tres décadas y dos reanálisis.